

HACIA UN MINISTERIO EDUCATIVO CON ADOLESCENTES EN CUBA HOY

por Lisdainy Rodríguez Fuentes

El presente trabajo es una valoración del artículo escrito por Daniel S Schipani: «Ministerio con Adolescentes a la luz de la Globalización. Enfoque desde la Teología Práctica»¹, y su aplicación a la organización de un ministerio educativo con adolescentes en el contexto eclesial cubano, y específicamente en la comunidad cuáquera de La Habana.

El artículo de Daniel S. Schipani propone repensar el ministerio con adolescentes en un mundo globalizado. En el contexto eclesial cubano, la integración de este ministerio educativo a la vida de la iglesia ha de enfocarse en la realidad de la congregación local. Este elemento es esencial en el trabajo de nuestra junta mensual, pues el encuentro con la adolescencia es uno de los primeros que surgen entre la iglesia y el barrio. Nunca se ha pensado en la posibilidad de evangelizar, sino como un espacio para el arte, la creatividad y el juego. Un espacio seguro para ese grupo y una manera de conocer a las familias del barrio, para iniciar y mantener un diálogo que enriquezca la misión. En el trabajo para este ministerio es esencial la metodología que nos ofrece la Teología Práctica.

La globalización en sí no es buena ni mala, es una fuerza cuyos efectos dependen de cómo se gestione y en beneficio de quien. En el contexto cubano, nos afecta cuando le ponemos apellidos. Al llamarla «globalización neoliberal» potenciamos más sus puntos negativos que los positivos. Para poner un ejemplo, la hegemonía cultural de las potencias actuales ha erosionado tradiciones, valores y expresiones culturales locales, crea una cultura global estandarizada y consumista, y fomenta antivalores del Reino, que dan entrada cada vez más a la postmodernidad y la post verdad. Daniel S. Schipani señala en el artículo:

los adolescentes más pobres son los menos conscientes del proceso de globalización y los menos interesados en el mismo. Sus respuestas indican que sus esfuerzos tienden a concentrarse en la sobrevivencia, en medio de condiciones precarias de vida. En muchos casos, por desgracia, parecen incluso resignarse a un estilo de vida que comprende actividades “al margen de la ley”, a veces, como último recurso...

este es un aspecto que debe tenerse como un punto rojo en cada una de las comunidades de fe, ya que nuestro país va pareciéndose más socialmente al resto de los países subdesarrollados.

Schipani plantea que es necesaria la transformación del ministerio con la adolescencia y que este es un desafío que debemos enfrentar a la luz del contexto. En Cuba, este aporte es esencial. En mi opinión tenemos una crisis de efectividad para este ministerio que se ve en la cantidad de adolescentes que después de un tiempo activos en el proyecto, se van. Me atrevería a decir que lo mismo pasa también en muchas iglesias. Creo que esta transformación requiere una mirada no solo metodológica sino integral y coincido con Schipani en que la base para la transformación la encontramos en la teología práctica.

En nuestro país, los adolescentes tienen acceso a varias cosmovisiones, las identidades son reforzadas por las experiencias y comunidades afectivas y menos por las instituciones. Son

¹ En revista DIDAJÉ, número 6, julio-diciembre, 2014

más cercanos a lo que parece auténtico que a los discursos dogmáticos, y les atraviesa una crisis de sentido de vida, agudizada con la crisis económica, ambiental y social.

Actualmente la Iglesia no siempre toma en cuenta las preguntas que muchos adolescentes se hacen, su enseñanza descansa en transmitir el mensaje e informar, en lugar de potenciar las experiencias participativas construidas por el grupo, desde lo que les importa, les preocupa o quieren comprender.

Schipani plantea, en segundo lugar, la pertinencia en cuanto a la comprensión de la situación de la juventud de cara al evangelio del reino de Dios y a la comunidad de fe, y la necesidad de replantear la comprensión de los procesos de crecimiento y maduración, formación y transformación, desde una perspectiva teológica. Esto, en mi opinión, no puede ser una opción, sino que es algo que debe ser repensado lo más rápido posible en nuestra práctica eclesial. En el caso de mi comunidad cuáquera en La Habana se insiste mucho en que no se perciba a los adolescentes como «el futuro de la iglesia», pues ya son parte del presente. Y hay que tener en cuenta sus contextos específicos, la crisis de sentido, la hiperconectividad, la fragmentación identitaria, y la preocupación por la justicia socio-ambiental. Aunque nuestro propósito de nuestra comunidad cuáquera no es evangelizar, sino devolver a la sociedad sujetos capaces de tener un pensamiento propio, identificados con el arte y la cultura, tenemos que intentar que la invitación no sea a pertenecer y permanecer en espacios rígidos e inflexibles, que no les toman en cuenta. No se trata de procesos lineales, sino de que cada enseñanza artística realce su espiritualidad, identidades y dialogue con sus experiencias de vida concretas.

Replantearse teológicamente este trabajo incluye un nuevo modo de enseñar integralmente los fundamentos bíblicos y la espiritualidad, por cuanto madurar la fe es ofrecer a Dios el todo que somos como seres humanos.

En este aspecto, la pedagogía de Jesús puede ayudar mucho. Jesús siempre partía de las preguntas y las realidades de las personas a las que quería hacer comprender algo. En este mundo, cada vez más plural, es importante enseñarles a discernir más que dar respuestas prefabricadas. En el caso de mi iglesia, aunque en el grupo de adolescentes no todos sus miembros son cristianos, es importante que puedan vivir el Evangelio desde la práctica de la comunidad de fe.

Hay un tercer punto que defiende Schipani, se trata de la integración de los diversos aspectos del ministerio en función de la visión de la vida que se tiene durante los años de la adolescencia, junto con la visión de la Iglesia en el mundo. Para ello es necesario presentar cada actividad que se realice no como un fin en sí misma, sino como una ventana a la Divinidad y a su proyecto de renovación del mundo. En cada una de estas actividades debe aplicarse una pedagogía que facilite partir de la experiencia, de sus saberes concretos, ver su realidad, juzgar a la luz de las Escrituras, actuar y celebrar.

Otro aspecto es el que tiene que ver con los liderazgos de este ministerio. Los adultos deben estar integrados con los adolescentes. En mi iglesia, aunque queda mucho por avanzar, se ha logrado un diálogo entre fe y cultura, que permite, en mi opinión, mostrar como el Evangelio dialoga, confronta, anuncia y denuncia aspectos de la cultura que el sector adolescente consume, como es la música, la publicidad, las películas, el uso desmedido de la internet, etc., y que no les permite tener un pensamiento crítico, propositivo y una fe encarnada.

El artículo de Schipani muestra como los adolescentes que participan de la vida y el ministerio en su comunidad de fe encuentran en ella un estilo de conducta alternativo a la

propuesta de la globalización, una fe que les empodere y dé sentido de vida aun en medio de contextos duros.

Otro elemento de interés del artículo es la paradoja de que la globalización en su dimensión económica tiene un aspecto positivo sobre la espiritualidad de los adolescentes, que les motiva a sentir compasión frente al sufrimiento y la vocación de servicio. En mi opinión, esto puede ser positivo, por cuanto permite encontrar el sentido urgente y transformador del Evangelio, y negativo por orientar hacia una vocación de servicio totalmente asistencialista y hacia un activismo vacío de espiritualidad, que las comunidades de fe deben mirar con atención a su práctica.

En el caso de las prácticas eclesiales especialmente valoradas, coincido con Schipani en que las prácticas más importantes son las que se relacionan con los valores, también presentes en nuestras prácticas eclesiales, que profundizan la relación con Dios y fortalecen a la comunión eclesial. Se destaca como aspecto importante la valoración del liderazgo eclesial y se critica a los líderes que tienen prácticas autoritarias.

En el caso de los Ministerios Fructíferos, coincido en las cuatro áreas que el autor destaca en el ministerio con adolescentes. Se necesita prestar especial atención al idioma, entender la cultura del grupo de adolescentes, y a las plataformas digitales con que interactúan, concebiendo el ministerio como un proceso y no como un programa, que ayude al grupo a encauzar y vivir su fe y le ofrezca un espacio de seguridad, de aceptación y de libertad, para hacer sus preguntas y tomarlas como parte de su crecimiento.

Schipani enfatiza en el testimonio de la comunidad de fe. Se comparten buenas prácticas con el uso de canales como WhatsApp para ofrecer información útil y mantener la comunicación constante. En mi iglesia, los liderazgos que trabajan con el grupo de adolescentes lo constituyen personas voluntarias, que reciben formación constante no solo en teología sino en diversos temas. En este aspecto, la teología práctica ayuda a organizarse con mayor efectividad.

Sobre la adolescencia y las metas del ministerio, el autor hace afirmaciones hermosas y reales, como que el Dios de los pobres abraza a al grupo de adolescentes, pero me gustaría decir, sobre todo, abraza a quienes tienen menos accesos y más necesidades afectivas. Su crecimiento, sin dudas, ocurrirá de forma particular y diversa, ya que depende de su participación y de la práctica eclesial que les involucra en la comunidad, la misión y la adoración.

Vuelvo a coincidir sobre el ministerio de acompañamiento como paradigma caracterizado por la hospitalidad, la iniciativa compasiva, la inclusividad, la nutrición y la capacitación, y por una generosa invitación a colaborar y a compartir comunitariamente. Sin embargo, me gustaría agregar que acompañar es también una actitud de cercanía profunda y desinteresada, escucha y discernimiento compartido en el camino de la fe y la vida. Acompañar es caminar *junto a*, no es *ir delante de*, es crear una relación de igualdad y dignidad con los acompañados. Este paradigma es quien favorece que las prácticas autoritarias terminen.

En cuanto al emerger humano del que el autor habla, es importante que se diga que el acompañamiento respeta los tiempos de las personas, no busca soluciones rápidas ni recetas preestablecidas, sino que comprende que cada ser humano tiene algo que aportar y es portador de sabiduría. El acompañamiento también se dirige a la persona en su totalidad —espiritual, física, emocional, social y psicológica— ya que el crecimiento del ser humano es integral. Es también un proceso que no sucede en un momento determinado.

El autor termina su artículo dejando tres pistas normativas para la práctica y la teoría pastoral en el trabajo entre adolescentes, que comparto y como iglesia debemos defender, aunque pensando en los desafíos concretos que enfrenta el ministerio con adolescentes en Cuba, y estos son solo algunos de ellos:

- El contexto socio económico y político actual, marcado por un bloqueo económico, una realidad de escasez y guerras en el mundo. El ministerio debe ayudar a procesar la frustración, la desesperanza, los deseos de emigración, la despolitización creciente, la enajenación, la apatía y la ausencia de participación real y en cambio contribuir a encontrar resiliencia y esperanza escatológica, sin evadir la realidad.
- El creciente secularismo y la proliferación de otras ofertas religiosas. El ministerio debe equipar a los adolescentes para entender y vivir su fe cristiana en comunidad de manera informada, dialogante y confiada, no desde la polémica, sí desde el respeto, el ecumenismo y en algunos casos el macro ecumenismo.
- El auge de los fundamentalismos religiosos e iglesias que —con estas visiones— se asientan y crecen en comunidades vulnerables como Santa Felicia, y traen división, conflicto social e incomprensiones, intolerancia, discriminación, exclusión, restricción de los derechos individuales y violencia.
- Los recursos que son necesarios para hacer las formaciones, tecnología, recursos audiovisuales sencillos, redes de apoyo entre iglesias y otras instituciones, requieren de una mayor creatividad eclesial en el contexto cubano.
- La integración generacional, es vital que los miembros del grupo de adolescentes puedan sentirse conectados con la iglesia en su conjunto.
- La formación del liderazgo para el acompañamiento pastoral, que ha de ser contextual, participativo, desde la escucha y profético.
- La necesidad de una mayor apertura al diálogo con las ciencias sociales (psicología, sociología, comunicación), para entender mejor al adolescente cubano actual, sus prácticas, deseos y expectativas.
- El aprendizaje del método de la teología práctica para no caer en un activismo vacío, porque es a través de esta que se conecta la reflexión bíblico teológica con la acción concreta en la comunidad. No debe trabajarse con métodos empíricos, se necesita un método contextual, que dé respuestas concretas a las situaciones que se presentan, que parta de la realidad concreta de las personas, que permita participar, que contenga un enfoque integral del ser humano, que permita evaluar constantemente el ministerio y mejorarlo. Un método que permita fortalecer la *koinonía* y logre la integración intergeneracional.

Sobre la autora

Lisdainy Rodríguez Fuentes (1986) Cuáquera. Licenciada en Comunicación Social (Universidad Central “Marta Abreu”). Certificado de Diaconía (2019). En la actualidad cursa el segundo año de la Licenciatura en Teología, en el Seminario Evangélico de Teología.